

# PAUL BOWLES, UN AMERICANO EN LA CORTE DEL REY DE MARRUECOS

Álvaro Baquero Pecino

"El modo más cómodo de conocer una ciudad es averiguar cómo se trabaja en ella, cómo se ama y cómo se muere".

Albert Camus, *La peste*

Nadie puede escapar a su destino. El caso de Paul Bowles es un ejemplo claro.

Estas líneas pretenden indagar de forma somera en la narrativa y la vida de este escritor y músico estadounidense, testigo privilegiado de muchos de los acontecimientos que marcaron el devenir del siglo XX.

Paul Bowles, nació en Nueva York a finales del año 1910. Viajó por América, Europa y Asia, vivió en lugares tan dispares entre sí como México o Ceilán pero si hubo una ciudad que le marcó fue, sin duda, Tánger: "Una ciudad azul, barrida por el viento". *Memorias*, 300.

En el año 1931 la Segunda República comienza su corta andadura en España mientras que en el resto de Europa se empiezan a plantar las semillas de una conflagración que demostrará que el hombre es más que un lobo para el hombre. Es entonces cuando un joven Paul Bowles decide, hastiado de su vida en los Estados Unidos, embarcar hacia el viejo continente sin ni siquiera dar previo aviso a su familia. El supuesto destino era París. Lo que quizás no sabía este muchacho era que este viaje le llevaría, en última instancia, por primera vez, a una tierra desconocida de cuyo influjo no pudo escapar jamás.

Cerca del Sena, Paul Bowles entabló contacto con Gertrude Stein y Alice B. Toklas que fueron las elegidas para recomendarle viajar a Tánger. En principio las expectativas del joven Bowles no parecían muy altas:



Tánger desde el mar. Archivo fotográfico Charles Alberty López (Loty). Junta de Andalucía.

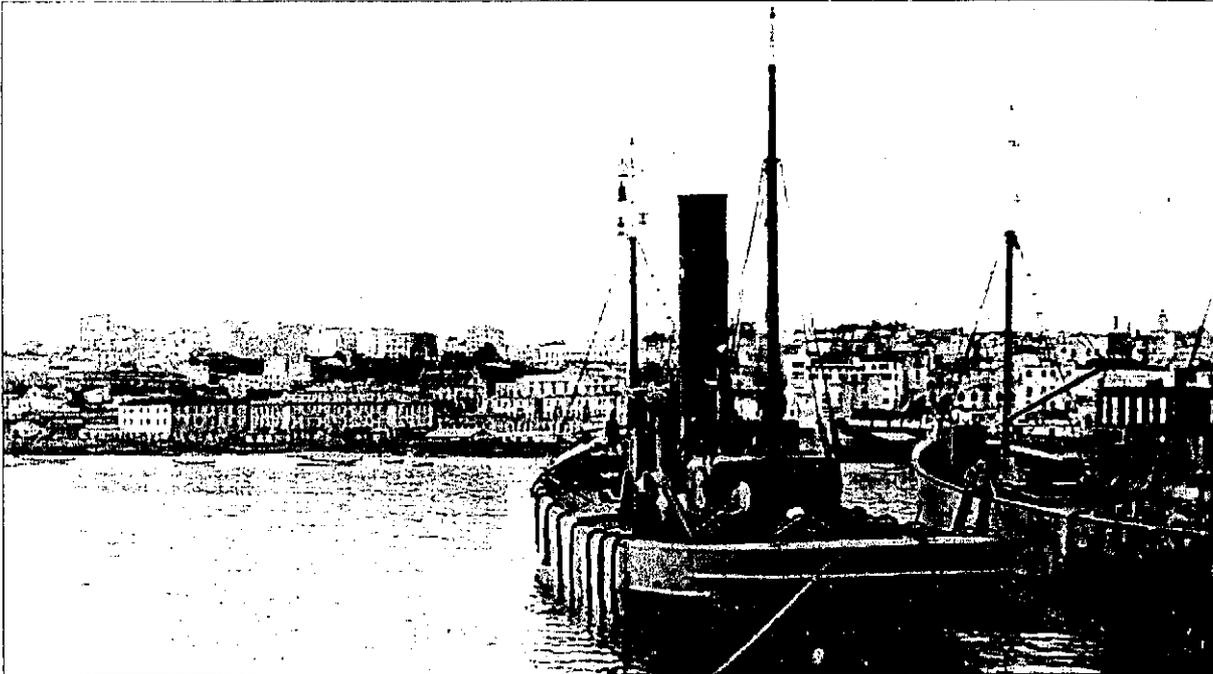
El viaje a Marruecos iba a ser un descanso, una diversión, una estancia de todo el verano. La idea colmaba mis máximas aspiraciones, que consistían en alejarme lo más posible de Nueva York. Como no tenía la menor idea de lo que podría encontrar allí, no me preocupaba. Me habían dicho que habría una casa en algún sitio, un piano de un tipo u otro, y sol todos los días. Eso me parecía suficiente. *Memorias*, 134

Poco parecía presagiar entonces su posterior filiación a la ciudad norteafricana. Él mismo se encargó de recordar en más de una ocasión lo siguiente: "Yo no elegí vivir en Tánger de forma permanente: fue una casualidad. Tenía la intención de que mi visita fuera breve; después me iría a otro sitio y seguiría de un lado a otro indefinidamente". *Memorias*, 393.

La explicación a esta huida constante la da al mirarse en el espejo del personaje de Port, protagonista de *El cielo protector*:

No se consideraba un turista; él era un viajero. Explicaba que la diferencia residía, en parte, en el tiempo. Mientras el turista se apresura por lo general a regresar a su casa al cabo de algunos meses o semanas, el viajero, que no pertenece más a un lugar que al siguiente, se desplaza con lentitud durante años de un punto a otro de la tierra... otra importante diferencia entre el turista y el viajero es que el primero acepta su propia civilización sin cuestionarla; no así el viajero, que la compara con las otras y rechaza los aspectos que no le gustan. (12-13)

Hay que señalar, no obstante, que en ese movimiento perpetuo hubo ocasiones en las que los lugares que conoció no fueron de su total agrado: "Todo lo que vi de Cartago fue un rebaño de vacas comiendo flores en una pradera" *Memorias*, 175; "Casi todo Bangkok era como las peores callejas del Bronx situadas en un pantano de Florida" *Memorias*, 387. Añadiremos a modo de pequeño paréntesis que estos fragmentos introducen, además, de forma casi imperceptible, un aspecto poco estudiado en la narrativa de Bowles: el humor. Es cierto que no es la nota dominante, que no son demasiados los casos, pero, por citar un ejemplo, en *Memorias de un nómada* se pueden encontrar algunos pasajes de cierta comicidad. Hay que aclarar, no obstante, que es una comicidad muy irónica que se torna amarga en buena parte de los casos.



Vista parcial de Tánger. Archivo fotográfico Charles Alberty López (Loty). Junta de Andalucía.

Huelga decir que Paul Bowles no fue el primer (ni el último) escritor que ha decidido instalarse de forma voluntaria en una latitud lejana a sus raíces. Incluso, como señala John Maier, el caso de Bowles no es el primero de un escritor estadounidense en interesarse en Marruecos ya que Edith Wharton, autora de *La edad de la inocencia*, publicó en 1920 un libro titulado *In Morocco* basado en las experiencias de su estancia allí en 1917. Sin embargo, el mismo Maier reconoce que el de Bowles es un ejemplo distinto debido a que él escribió mucho acerca de los marroquíes de sus costumbres, creencias e historias (245) y llegó a identificarse tanto con Marruecos, que sería impensable la mayor parte de su narrativa sin este país. Basta recordar algunos títulos como *Déjala que caiga*, *El cielo protector* o los relatos recopilados con el nombre de *Cuentos del desierto* entre otros muchos, para darnos cuenta que Marruecos es mucho más que una constante en la narrativa de Bowles.

Podría decirse que más que escribir sobre Marruecos, Bowles escribe en y desde Marruecos, incluso cuando no se encontraba físicamente allí, mediante una especie de vínculo mágico. El mismo Bowles habla de la existencia de "determinadas zonas de la superficie terrestre una conexión secreta entre el mundo de la naturaleza y el alma humana, un pasaje oculto pero directo que elude la mente" *Memorias*, 135.

Sin embargo, no fue un proceso fácil ni rápido.

Desde la primera llegada hasta su asentamiento definitivo en Marruecos pasaron muchos años. Se suele dar como fecha de esto último el año 1947. Pero, incluso en 1952, tras vivir ya por algunos años en Marruecos, Bowles confesaba la dificultad de un verdadero conocimiento de la cultura musulmana (Maier, 246).

Maier señala como fundamental para la definitiva asimilación de Bowles al mundo árabe la relación del mismo con contadores de historias marroquíes (246). En especial con Mohammed Mrabet. Entre los títulos que surgieron fruto de la colaboración entre ambos destaca *Amor por un puñado de pelos*, una narración de la que Juan Goytisolo ha escrito:



La palmera y el alminar de la mezquita de los Aisanas.  
Archivo fotográfico Charles Alberty López (Loty). Junta de Andalucía.

La sencillez lineal del relato, la finísima caracterización de las relaciones de Mohammed con Mr. David, la peculiar seducción del mundo tangerino en que se desenvuelve la trama, híbridos de elementos marroquíes (sic) y occidentales, confieren a la novela de Mrabet y Bowles una dimensión tan poética como amena: el lector se sumerge en ella como en el ámbito de *Las mil y una noches*, sin perder contacto, no obstante con el universo real. (8)

Por su condición ya aludida de nómada (y quizás intentando escapar de su destino) Bowles tuvo que dejar Tánger en no pocas ocasiones. Sobre una de las veces que tuvo que volver a instalarse por una temporada en Estados Unidos escribió: "Mis ventanas daban a un patio que era un compendio de Nueva York: un panorama de ruido, mugre y desolación. Procuraba ahogar mi melancolía en el trabajo, pero el recuerdo del aire y la luz de África del Norte me obsesionaba" (*Memorias*, 183). Asimismo, en consonancia con esa misma línea, puso en boca de Kit en *El cielo protector* las siguientes palabras "prefiero mil veces estar aquí y no en los Estados Unidos" (14).

Una pieza importante para reconstruir el rompecabezas del autor que nos ocupa es su relación Jane Auer, que tras su matrimonio pasó a ser Jane Bowles. Personaje tanto o más enigmático que su marido, es demasiado importante en la trayectoria vital de Paul Bowles como para olvidarla y a la vez demasiado compleja como para hablar de ella en extenso. En Tánger, Paul Bowles vivió no pocos años de su atípica relación con Jane. Hemos usado adjetivos como atípica y compleja porque, como se puede ver en *Memorias de un nómada*, por alguna razón el destino les había unido en uno de sus incom-

prensibles caprichos pero vivieron separados por largas temporadas. Daniel Rondeau ha llegado a escribir al respecto y aludiendo a las tendencias sexuales de cada uno de ellos: "Dicen que se casaron para deshacerse él de las mujeres y ella de los hombres". Sin embargo, a pesar del evidente distanciamiento entre ambos, Paul le dedica algunos momentos de *Memorias de un nómada* dignos de resaltar: "Al llegar a Trapobane la casa sin Jane me pareció opresivamente vacía" (355). Asimismo, en ese libro se alude repetidamente al precario estado de salud de Jane que desembocó tras un largo período de sufrimiento en su muerte en 1974 en Málaga, ciudad donde fue enterrada.

Paul siguió viviendo en Tánger y allí continuó trabajando. Testigo de esos años son algunos libros entre los que destaca un homenaje, publicado póstumamente, que muestra fotos del autor junto con algunos textos entre los que hemos entresacado el siguiente, que nos parece muy significativo:

En los años desde la primera vez que llegué a Tánger y fui capturado por su encanto, el pueblo de sesenta mil habitantes se ha convertido en una ciudad diez veces mayor... Comparada con la mayoría de las ciudades éste es todavía un lugar agradable para vivir, incluso hoy uno debe aceptar una gran cantidad de fealdad que no estaba originariamente aquí...